

cer? ¡Ah, niños...! ¡Cuánto me duele veros padecer, abismada como estoy en amarguras! Temibles son los fallos de los reyes... a nadie, a casi nadie tienen que acatar y en tantos son dominadores que fácilmente se hacen inmutables en sus caprichos! ¡Cuánto mejor es vivir en un nivel modesto! Yo, por mí, tenga la fortuna de envejecer lejos de las grandezas, en paz amable y segura. El medio recto es ya amable con su mismo nombre y logra la victoria. Nada de provecho da el hombre lo excesivo... Tener mucho lo único que alcanza es un torbellino de males forjados por el destino.

Entra el Coro.

Coro.—Oí la voz, oí el clamor de la infortunada hija de Colcos. Aún no alcanza la paz. Oh anciana, di. Bajo la casa de doble puerta gemidos oí, y tengo lástima. Y no estoy con placer al oír los dolores de una casa que yo amo, oh mujer.

Nodr.—¿Casa? ¡Ya no lo es... desvanecida fue! A él lo retiene el lecho de una hija del rey y a mi señora en su solitario retrete la va matando la vida el dolor: no hay palabra amiga que pueda apaciguar su alma.

178 Med.—(Dentro): Ay de mí: mi cabeza traspase una llama del cielo!... ¿qué provecho hay para mí en vivir? ¡Ay, ay... venga sobre mí la muerte, desate ya y destruya esta vida de múltiples desdichas!

Coro, Estr.—¿No la escuchaste? ¡Oh Zeus, oh tierra, oh luz...! ¡Pobre esposa doliente y en qué forma clama! ¡De dónde a ti ese ardor de amores conyugales... vana y sin fortuna? Espera, que la muerte vendrá sin remedio. ¡Para qué impetrarla con plegarias? Va tu marido en pos de nuevo lecho. Verdad es. ¿Qué ganas con aborrecerlo? ¡Para ti hay un juez que ha de juzgarlo y ese juez, es Zeus! ¡No llores, pues, en excesivo llanto por un esposo pérfido!

Med.—(dentro): ¡Gran Zeus, reina Temis... percibís qué padeczo... ¡con solemnes juramentos me enlacé a un odioso marido! ¡Ah, que yo pueda un día hacer trizas a él y a su nueva esposa, y hacer añicos aun este palacio! Apenas vengaría la ofensa que me han hecho.

¡Padre, mi padre, oh mi ciudad, qué lejos de vosotros huí con vergonzosa fuga, después de haber matado a mi hermano...!

Nodr.—Oís cómo clama, habéis percibido sus gritos. Invoca a Temis que garantiza votos, y a Zeus que protege los juramentos, como creen los mortales! ¡Poco será lo que hay que poner en obra para calmar las iras de mi ama!

Coro Ant.—¿Cómo lograr que venga a nuestra vista, que escuche nuestras palabras? Acaso acalle el furor que su corazón abruma y en su mente impone pesadumbre. No falte el anhelo mío de ayudar a mis amigos. Entra al palacio, hazla salir. Muestra amistad y háblale dulcemente. Y eso, pronto: no vaya a ser que se anticipe a hacer males adentro. Desbocado está ya su enojo.

Nodr.—Eso haré, pero temo y estoy dudosa de que haya de convencerla. Te doy a complacer echando en mí el trabajo. Y aunque ella mira a sus servidores con los ojos ardientes de una leona recién parida, cuando va a ella con palabras amables. ¡Locos, yo llamo locos y mentecatos a los de antaño, que erraron del todo al inventar para las bodas cantos, festines, juegos y alegrías... y para el dolor, ¿qué? ¿Hay liras que lo aquieten? ¿Hay cantos que lo amortiguen? Y del dolor, nace la muerte, nace la tremenda convulsión que derrumba los palacios y extingue los progenies. ¡Eso debían los hombres haber inventado: curar el infortunio con el canto! ¿Qué se gana con sonoros cantares en los festines, con voces de retumbante son? Basta el banquete mismo: si bueno es, deleite es de los hombres.

Se va la nodriza.

Coro. Epodo.—¿Oí la lamentosa queja, con mil gemidos y grandes sollozos. Alaridos de pena, de infortunio sin fin... una mujer que llora por un esposo pérfido a su lecho! El dolor que la azota la hace gritar a Temis, hija de Zeus, del juramento fiadora. De la lejana costa del otro extremo la hizo venir acá por las nocturnas olas hasta la grande Hélade... con difícil acceso el estrecho surcó!

Se presenta Medea en la puerta del palacio. Con ella viene la nodriza.

Med.—Mujeres de Corinto, vedme aquí. Del palacio salgo para que no me censuréis. Muchos mortales conocí altivos —unos de propia vista, otros de extraña tierra— que llenos de soberbia a nada se ajustan. Otros hay, empero, que dóciles y apacibles, pueden vivir una tranquila vida. ¡No está la justicia en los ojos de los hombres! ¡Qué de veces, sin llegar al fondo de las almas, sienten aversión para alguno que en nada les dañó! Y eso solamente por ver el exterior.

Preciso es que el extraño se entremeta en los asuntos de la ciudad en donde reside. No obra prudente el que, siendo habitante de una comunidad, orgulloso ofende a los que en ella viven, porque no los conoce.

¡Pero a mí... lo que ha ocurrido en mi vida me está partiendo el alma... deshecha estoy... nada es ya para mí la vida... mi

anhelo único es morir, amigas mías!

¡Todo era él para mí —qué bien lo he sabido— y es el más nefando de los hombres el que es mi esposo!

De cuantos seres tienen alma y pensamiento somos las mujeres los más desdichados. Primero hay que gastar grandes caudales por lograr un marido. Ya lo tenemos. Hay que hacer de él un déspota de nuestro cuerpo. De los males quizá el mal más duro. Y el punto más difícil: ¿será bueno o malo? No se concede a las mujeres repudiar al esposo, ni desatar el vínculo nupcial. Y vengamos a las novedades de ahora. Es preciso ser adivino para saber, sin que nadie nos lo haya enseñado, cómo ha de tratarse al que comparte nuestro lecho. Bien puede ajustarse a nuestra manera de ser: es la dicha de las dichas. Llevará el yugo conyugal de buen grado. Pero, si no... ¡mejor la muerte!

Cuando un varón se hastía de la vida hogareña, se sale fuera a disipar su enfado. Va con algún amigo, va con sus camaradas. Y, ¿nosotras qué? ¡Un solo ser hay en quien tenemos que poner los ojos!

Si, lo sé. Dicen que nosotras pasamos la vida seguras en el hogar, sin pena, sin peligro... y ellos, van a la guerra, combaten con la muerte a la vista. ¡Mal piensan! ¡Tres veces en el frente de batalla, y no parir un hijo!

Basta. Ni a tí ni a mí cuadra esta manera de hablar. Esta tu ciudad es, aquí tu hogar paterno está guardado. Vida sin turbación, amigos a tu agrado. Pero yo... ¡Yo solitaria, sin patria, expuesta a los excesos de un marido que me robó cual presa de guerra en una tierra extraña...! ¡Yo, sin madre, sin hermanos, sin padre a quien ir a tomar amparo, cual barca en el ancla... lejos, muy lejos de él de mis desgracias!

¿Qué quiero ahora? Lo que quiero es: que yo halle un camino para vengarme del agravio que ese esposo me ha hecho, y vengarme también de aquel que dio a la hija en desposorio y de ella misma. Y en cuanto a tí, que calles como muerta.

A temores propensa es la mujer siempre. No quiere luchas, se espanta del acero... pero, ¡que no le toquen el lecho conyugal; no hay entonces un alma más sedienta de sangre!

Corif.—¡Eso haré! Con toda justicia castigarás al esposo, oh Medea. No me asombra que llores tu desgracia. Pero... mira... viene allí Creón, el señor de esta tierra. Nuevas disposiciones viene a anunciarte.

Llega Creón con sus séquitos, y con su cetro en la mano.

Creón.—A tí, mujer tétrica, a tí esposa enloquecida, a tí hablo. Medea: Sal de esta tierra, vete lejos, llévate a tus hijos. Y cuanto más pronto, mejor. Estoy aquí para intimarte esta orden, pero no entraré a la casa real antes que tú hayas cumplido mi mandato. Tengo que verte salir de los dominios de este reino.

Med.—¡Ah, muerta soy. Se cumple mi destino. Se han quitado la venda los que me aborrecen...! ¿Qué refugio me queda? Pero, oh Creón, dime: ¿Qué delito cometo, para que así me expulses?

Creón.—No usaré reticencias. Te expulso porque temo que dañes a la hija con un mal sin remedio. Tengo muchos fundamentos para creerlo así. Hábil y diestra eres en hacer maleficios, y estás despechada por haber sido despojada de tu lecho nupcial. Rumores tengo de que tú te propones vengarte de mí, que di a mi hija a tu esposo, y de él mismo, y de su esposa. ¡No, no quiero ser quien sufra tal cosa: me prevengo antes echándote de esta tierra! Es mejor, oh mujer, que ahora me procure tu odio que no más tarde lamentemente con inútiles lágrimas mi debilidad en tolerarte.

Med.—¡Ah, ah... Creón, no es ahora la vez primera! —¡Mil veces son!— en que mi fama me aporta males! ¡Cuán conveniente es que el varón que nació sensato haga que no resulten sus hijos demasiado sabios! Saber mucho les consigue fama de haraganes y se concilian el odio entre sus conciudadanos. Si das a los tortuosos ciencias nuevas, resultas un inútil y no un sabio. Y si hay quien te considere superior en saber a los que pasan por sabihondos, te verán en la ciudad como un ser ofensivo. ¡Esa mi suerte fue! Lista soy y sé algo. Entonces, para unos odiosa soy: inactiva, sin fruto; para otros, perjudicial y mala. ¡Y no sé lo que debía saber!

Pero tú recelas de mí, oh Creón, temes que haga algún perjuicio... ¡No, no soy de esa indole, —no tiembles ante mí, oh Creón— para que pienses que puedo dañar a los príncipes! ¿En qué me has hecho injuria? Diste a tu hija a quien te dictó tu voluntad. A mi marido lo odio. Pero pienso que tú has obrado discreto. Y ahora no guardo rencor por su dicha. ¡Cásense, sean felices, pero deja que yo habite en esta tierra. Callaré ante la injusticia que me han hecho, nos ha vencido uno más poderoso, que yo!

Creón.—¿Qué dulzura de hablar para quien te oye! Mas no me fio. Yo temo que en el fondo de tu alma trames algo terrible. Una mujer que rápida se exagera —lo mismo diré de un varón— es más fácil de esquivar que aquella taimada que guarda silencio. ¡No se hable más, por tanto! ¡Vete en seguida! Es inquebrantable mi mandato. Cualquier ardid que maquines no conseguirá que tú te quedes entre nosotros. Tú eres mi enemiga.

Med.—(Se echa a los pies del rey y abraza sus rodillas): ¡No, por tus rodillas, por la recién casada!

Creón.—Palabras pierdes: a mí no me convences.

Med.—¿Aunque te ruegue vas a desterrarme?

Creón.—¡No te amo más a tí que a mi casa!

Med.—¡Ah, patria mía... cómo tu memoria hoy me asedia!

Creón.—También es lo que más amo, exceptuados mis hijos.

Med.—¡Ay, ay... qué grave mal a los mortales nace de los amores!

Creón.—¿Quizá... Eso depende de los vuelcos de la suerte!

Med.—¡Oh Zeus, no evada tu poder el autor de mis infortunios!

Creón.—¡Arrástrate, insensata, y libérame ya de penas!

Med.—Penas son mías; de penas no estoy falta.

182 Creón.—¿No de grado? Por fuerza las manos de mis siervos han de hacer que acates.

Med.—No, Creón, no... te lo ruego... no así!

Creón.—Es lo que buscas tú... bien se ve... es necesario, oh mujer.

Med.—Vamos a huir... no es eso lo que pido, lo que ansío conseguir.

Creón.—¿A qué resistes? ¿Por qué no te ausentas?

Med.—Deja que aquí yo pase un día al menos... he de preparar el destierro... tengo que procurar nutrimento a mis hijos... ¡su padre no se cura de ellos! ¡Ten lástima de ellos! Padre eres tú también... tienes que ser compasivo!

Por lo que a mí toca, nada me importa el destierro... lloro por ellos, deploro su infortunio.

Creón.—¡No tiránicamente obrar suelo, aun cuando tener respeto a alguno me ha producido males! Veo, mujer, que estoy erran-

do, pero serás oída. Ah, empero, te hago saber: si el sol del día de mañana luce sobre tí y sobre tus hijos en esta tierra, y no ya alejada de nuestros confines, morirás. Dicho está el fallo: ya no quedará incumplido. Quédate un día, ¿qué puedes en un día? Nada harás de tus maleficios en contra de nadie.

Se va Creón.

Corif.—¡Miserable mujer! Ay, ay, infortunada, qué cumulo de males sobre tí... ¿a do los pasos tornas? ¿A qué huésped te diriges? ¿Hallarás algún día una casa, una tierra, que te rediman de desdichas? ¿En qué vórtice inevitable de desgracias te han arrojado los dioses!

Med.—¡Malaventura por doquier me cerca! ¿Quién podría negarlo? Pero no será así del todo, no tan fácil lo creas. ¡Aún luchas se reservan a los novios, no leves penas también a los suegros! ¿Puedes pensar que yo hubiera halagado a ese hombre alguna vez, si no tuviera en ello un artificio para lograr provecho? ¡Jamás le hubiera hablado, jamás lo hubiera yo tocado con mis manos! ¡Tonto, insensato se ha mostrado: pudo frustrar mis planes arrojándome al punto del país, y me ha permitido permanecer aquí un día aún! Ese día me basta: en un solo espacio de la luz veré muertos a tres enemigos: al padre, a la hija, a mi marido.

183 ¡Cuántos recursos tengo para hacerlo, pero estoy indecisa, oh amigas mías! ¿Incendiar la cámara nupcial? ¿Clavar una acerada daga en sus espaldas, entrando recatada, y sagaz mientras ellos están agobiados por el sueño? Algo hay que me retrae, si soy aprendida cuando voy entrando y llevo mi ardid en acción, seré objeto de mofa con mi muerte de esos mis adversarios. Mucho mejor es ir en línea recta: darles veneno para que perezcan: en eso diestra soy.

¡Sea así...! y, ¿luego? Muertos quedaron... y, yo, ¿a dónde me dirijo? ¿A qué ciudad? ¿A qué huésped que me dé un jirón de su tierra para morar allí? ¿Quién podrá defenderme? ¿Quién será mi amparo? ¡Ninguno hay!

Y un brevísimo tiempo que queda: si hallo algún refugio, engañosa, en silencio me arrojaré al asesinato, pero si la suerte me es contraria, aun cuando haya yo de morir, mataré a los dos con esta espada y con toda osadía haré lo más fuerte.

¡Y por Hecate, numen a quien venero antes que todos, ella que es mi patrona y habita en las intimidades de mi cámara, nadie habrá que se goce dando a mi corazón tormentos! ¡Qué amargas nupcias, qué lúgubres festejos de boda, qué amargo enlace conyugal, y qué amarga huida mía de esta tierra estoy preparando!

Silencio largo. Prosigue.

Vamos, ahora como a un amigo quiero preguntarte. Bien sé que nada puedo esperar de tí. Te hablaré sin embargo, te haré preguntas, y al hacerlas quedará patente la vergonzosa conducta tuya.

¿A dónde voy ahora? ¿A la casa paterna, al suelo nativo? ¿Si los traicioné yo para seguirte! ¿Iré a la casa de las infelices hijas de Pelias? ¡Bellamente habrán de acogerme en su palacio, tras haber matado, por mí, a su padre!

Esa es la cosa. A los que me amaban en el hogar me hice enemiga, y estoy en guerra con aquellos a quienes perjudiqué sin causa, solamente por tí. ¡Es ahora mi suerte envidiable para muchas de Grecia: tú les pones la muestra: tengo en tí un admirable marido, muy fiel...! ¡A, infeliz de mí! Y he de abandonar esta tierra, sin embargo, solitaria, y única yo para mis solitarios hijos... ¡Qué gala de alabanza para un novio que va a la boda... que la madre de sus hijos, que sus hijos mismos vayan errantes mendigando... y a ella debes la vida!

¡Ah, Zeus, Zeus... pudiste tú dar a los hombres capacidad para distinguir el oro verdadero del falso y no lleva cada uno una marca sobre su cuerpo para distinguir los malvados de los rectos!

186

Corif.—Cuando el que ama contra el amado se enoja, ira espantosa es e incurable.

Jas.—Debo, según yo pienso, no hablar necedades. Voy a plegar mis velas oh mujer, para hacer que mi nave, bajo el gobernalle de mi mano, escape de la desenfrenada parlería que tortura tu lengua.

Te estás jactando de tus servicios. Yo te diré que a Cipris debo ser salvo en mi viaje. Ella y ella sola, sin otro dios ni hombre, pudo sacarme incólume. Tienes mente aguda y no hay necesidad de hacer larga plática para yo narre en qué forma te hirió Eros con sus ineludibles dardos para que a impulso del amor me libertaras. Pero no insistiré en ese punto. Sea lo que fuere, sea como fuere, me ayudaste. No me pesa de ello. Pero tú, como paga de tu obra salvadora, has recibido más de lo que diste. Voy a explicarlo. Primero, estás en la Hélade, en lugar de una tierra de salvajes. Has llegado a saber qué significa la justicia y qué es vivir bajo leyes y no al capricho de la fuerza. Cuanto griego ha conocido tus habilidades te alaba y has logrado fama. ¿Quién iba a hablar de tí siquiera, si aún moraras en aquellos extremos de la tierra? No, para mí no quiero, ni oro en la casa, ni una bella melodía para el canto, supe-

rior a la de Orfeo, si nadie hay que conozca y alabe. Eso tengo que decir yo de mis acciones. Tú me llamaste a esta discusión.

Ahora vamos a la boda que estás burlando ha tiempo y de la que te lamentas. Mi boda con la hija del rey. Pues voy a probarte que esa unión la hago por cuerdo, por discreto y al fin por ser amante de tí y de tus hijos. ¡No, no te excites, calma!

Llegué hasta acá de Yolcos, agobiado de funestas desgracias... ¿qué mejor fortuna fuera para mí casarme con la hija del rey, siendo como era un misero vagabundo? No es —como tú reprochas— por hastio de tu lecho conyugal, ni por el ardor de codicia hacia una nueva esposa, ni por tener una prole numerosa —con los tuyos me basta y no estoy descontento—, nada de eso es. Lo que yo intentaba, y esto es lo fundamental, era tener una vida sin penas, con todo lo suficiente en abundancia, sin miseria, sin necesidad. Bien conozco que del pobre huyen todos, aun los amigos. Y también, para dar a mis hijos una formación digna de su prosapia y darles nuevos hermanos a los que de tí nacieron. Todos serían iguales, todos en la misma condición y así, apoyada en esta prole, fundar mi dicha.

¿Tú para qué quieres hijos? A mí me importa que los que viven sean útiles a los que han de venir a la vida. ¿Fueron malos mis planes? Tú los aprobaras, si no ardiera la privación de mi lecho conyugal. ¡Ah, mujeres, pensáis que todo anda en regla cuando la cama nupcial está sin peligro! ¡Ay, si algún contratiempo, si una mala fortuna toca esa cama, todo resulta malo: lo más bello, lo más útil y provechoso, os es adverso...! Preciso fuera que los mortales procrearan hijos de otro modo, sin que hubiera raza de mujeres, y entonces los hombres no verían mal alguno.

Corif.—Bien hablaste, Jasón, pero pienso yo —y lo digo sin faltarte al respeto— que obraste injustamente al ser infiel a tu esposa.

Med.—(en monólogo): En mucho de muchos de los mortales soy discorde. Para mí el que es sabio en hablar, pero es injusto, se hace deudor de más crecida pena. Fiado de su destreza en paliar sus errores, obra malvadamente y osado en sí, delinque... ¡Pero, no, no es tan sabio!

Se vuelve a Jasón:

—¡Tú, a tí hablo: No me vengas ahora a hacerle el fantasioso y elocuente, prodigando palabras sin tino. Te vence sólo una palabra mía. Debieras tú, si no fueras malvado, hacer esas bodas con mi aprobación, y no sin que hablaran los que te aman.

187